

LAS TIERRAS DEL TIEMPO

Tras las puertas de abeto que abren paso a las fronteras del bosque, una pequeña cabaña construida con troncos caídos acompaña al camino de piedrecillas. El pequeño sentado en el suelo polvoriento frente a la entrada de la solitaria morada era el protagonista de aquel melódico cuadro, a su alrededor amigables árboles acompañaban a las aves cantoras que tarareaban desde el alba hasta el atardecer, flores conocidas vivían junto a plantas forasteras y el agua se deslizaba entre las raíces de aquel oasis. Un par de diminutas zapatillas de tela descansaban junto a papeles desordenados, las paredes estaban repletas de dibujos, libros apilados conversaban con libretas llenas de tinta y lápiz. El niño desanimado contemplaba el camino; había memorizado cada palabra de cada texto, recordaba los detalles de todos los bocetos, cada trazo, cada sombra, cada luz. Era conocedor de todos los colores, de cada nube, de cada planta, de cada voz... había observado el mismo cuadro durante años pero todavía el tiempo le acompañaría miles de horas vacías más. En su hogar, el omnisciente y solitario creador contaba por trigésima vez las infatigables hormigas, con piedrecillas del sendero dibujaba un mapa imaginando cada extraño rincón, cada desconocida madriguera. Tentado por el plano que había trazado se armó con una alforja de paja y una viola bermellón, y sin despedirse de su hogar empujó el portón y abandonó aquella constante pintura.

El joven juglar se adentró en los confines del bosque tocando una infantil y risueña copla. Ensimismado en su inocencia no se alertó de las advertencias del nuevo territorio.

Surgió el ser de las entrañas de la arboleda. Traía agujas de pino atravesándole la carne y su pelaje embalsado en resina del pinar. Sus ojos, dos esferas como candiles, encerraban a su presa. El conejo no pudo huir del cazador y las ramas le arrastraron hasta las fauces de la arboleda. El aterrado peregrino paralizado por aquel improvisado caos parpadeó hasta que su sangre volvió a palpar, el silencio se había apoderado del tétrico acto y el muchacho continuó con su marcha en absoluta mudez.

Un claro se abrió ante él, un muro de árboles limitaban aquel espacio circular. Las copas componían una bóveda por la que se filtraban cortinas de luz. Pequeños orbes dorados flotaban en aquella armónica estancia, mientras avanzaba, danzaban a su alrededor. Un canto se irguió y adornó aquella escena irreal, tras la pared de robles se entrevió una figura que caminaba alrededor del círculo. Un niño cargaba con una máscara de lobo que doblaba su tamaño. La careta de azabache estaba adornada con trazos de colores dibujados con pigmentos de la profundidad del bosque. Portaba una túnica que al llegar a sus pies se difuminaba con la tierra, un cinto ceñido a su cintura en el cual colgaban tablillas de madera corroídas por el tiempo y con palabras escritas en el idioma de los dioses. Mientras avanzaba tras los árboles se oía el tintineo de unos cascabeles, de sus muñecas ondeaban lazos de papel con campanillas de cristal cosidas a los extremos.

El hombre permaneció allí ensimismado con la belleza que emanaba de aquel fantasioso lugar. Meses encandilado en aquel oasis aún cuando la figura se había esfumado tiempo atrás, finalmente se puso en pie y avanzó abandonando esa agradable sensación.

De los pinos brota la resina como fruto de las heridas del cazador, las gotas ámbar fluirán por la corteza de su ser y llegaran al suelo para impregnar la vida que crece alrededor de las raíces del árbol. Sus huellas quedaron humedecidas con aquel líquido empalagoso, dejaba un rastro evidente, si hubiese sido una liebre, el lobo ya le habría dado caza. Tras años de periplo, el país de hiedra formaba parte del horizonte a su espalda.

Llegó a la región de polvo, un vasto océano con olas de diamantes descompuestos. Las alas de los cuervos remueven las arenas del desierto buscando perlas enterradas antes de la formación de los mares. Montañas de oro que se extienden más allá de los espejismos.

Continuó caminando por años, su cabello y su barba envejecieron junto a su cuerpo. Allí, en el borde del mundo, crecían edificios derruidos, torres desplomadas por el peso de la luna, hogares que son tumba de sus propietarios. A las puertas de la nación del pasado se amontonan cuerpos abandonados, canicas de plomo semienterradas y espadas clavadas en el suelo izadas como mástiles. Del cadáver del caballo crecen rosas que son fruto de la sangre que hirvió en la tierra, sus espinas desgarran la piel putrefacta del animal que un día fue vencedor en batallas. Su jinete fragmentado yace en el fondo de un abismo acompañado de piedras que pertenecieron a esculturas que combatieron junto a él. Los bloques del muro, descoloridos, comienzan a caer. La pared que erguida y omnipotente había separado hermanos, ahora es un montículo de escombros que se resquebrajan bajo la luz del sol. Atravesó las dos ciudades unificadas en ruinas, vagan perdidos fantasmas por las calles, en busca de las memorias que olvidaron al desvanecerse. Tardó dos vidas en salir del laberinto, su cuerpo encorvado se balanceaba cada vez que arrastraba sus pies, su barba nevada se enredaba con las hojas reseca que crecían en el camino cubierto de cenizas. Sus zapatos cansados de viajar le abandonaron tiempo atrás, su camisa de lino amarillenta y sus pantalones enfermos se deshilachaban a cada paso.

El anciano peregrino comenzó a cansarse, sus ojos se tentaban a cerrarse, enmarcados por ojeras azuladas y por pliegues en su piel. Su boca, agotada, jadeaba y suspiraba a la vez que avanzaba. Una llanura se alzó ante él, coronada con un sauce de plata e inundada en una cálida neblina. El caminante se acostó junto al tronco del árbol, las ramas acristaladas arrojaron al errante y entonaron una nana adormilada. Acunado bajo la noche a la que no había contemplado tiempo atrás se dispuso a descansar; una niña con inmensas alas se apareció junto a él, sentada sobre sus tobillos se inclinó y le besó la mejilla. Él cerró los ojos y durmió hasta que su cuerpo se transformó en polvo, la joven calló y la nana que cantaba se esfumó.

La hija del mundo tiene alas con escamas, estrellas en un universo flotante, enredaderas con raíces en el cielo. Plumas del ave del paraíso se desprenden junto a burbujas de los pantanos; nievan flores del interior de sus alas y arden mariposas. Es soberana de las tierras del hoy, del mañana y del ayer.